

lingüístico y el desbalance entre planteamiento y desenlace, hacen que *La última mudanza de Felipe Carrillo* sea un texto menor en la obra de Alfredo Bryce Echenique.

José Castro Urioste
Universidad de Pittsburgh

Gálvez Ronceros, Antonio. *Los Ermitaños*. Con ilustraciones del autor. 2da edición. La Punta, Editorial Colmillo Blanco, 1987.

Antonio Gálvez Ronceros (Chincha, 1932) publicó *Los Ermitaños* en 1962 (hace 25 años). La edición que comentamos viene justamente a celebrar el cuarto de siglo de la aparición de este libro con el cual el autor ingresó a nuestra historia literaria formalmente. Pero Gálvez ya había venido publicando cuentos en revistas y en el seno del grupo "Narración", el mismo que integró con Roberto Reyes, Miguel Gutiérrez, Gregorio Martínez, Augusto Higa y otros más.

Antonio Gálvez junto con Gregorio Martínez integran la dupla que ha otorgado voz y validez estética a los discursos orales populares propios de la zona sur de la costa peruana. En la obra de uno y otro bulle la oralidad ágil, el humor pícaro e inteligente, con no pocos ingredientes melancólicos, pues se trata de un grupo humano postergado y desde antiguo exproliado. Una de las virtudes de Gálvez es precisamente restituir al grupo étnico que recrea, la capa-

cidad intelectual suficiente para ironizar con lucidez a la clase dominante; los personajes de Gálvez generalmente se burlan con vital ingenio de los poderosos, de las autoridades, de los amos, casi todos de raza blanca o mestiza. Esa es la venganza que ejercen: mediante el humor, patrimonio de los oprimidos; y la opresión también estimula la capacidad observadora o analítica de quienes la padecen.

Antonio Gálvez Ronceros es autor, posteriormente, de otro libro de brevísimos relatos: *Monólogo desde las tinieblas* (1975), que contiene textos plenos de oralidad que recrean el habla campesina pletórica de vitalidad contestataria, no obstante su cierta ingenuidad y esencialidad. Precisamente gran parte del humor y de la ingenuidad emana de las apreciaciones que emiten los personajes negros (o zambos) de los relatos, ante las creaciones, objetos y valores-fetiches de una civilización y una cultura que les es ajena, extraña, e incluso incómoda, pues es usada para su propia marginación y desprecio.

Los Ermitaños contiene siete (7) relatos, mucho más extensos y literarios que los de *Monólogo* ... Los cuentos de *Los Ermitaños* nos mueven a una reflexión: el tema recurrente de la muerte en la mente colectiva del pueblo, del campesino. El culto a la muerte en sus múltiples formas que oscilan desde lo angelical ("El Joche estaba limpiecito, vestido de blanco") a lo demoníaco ("Se dice que el diablo cargó cuerpo y alma hacia las profundidades del infierno"). Entre

ambos polos se desarrolla una gama de creencias, supersticiones, leyendas y magias que integran el culto de la muerte dentro de costumbres y tradiciones propias de una cultura relacionada con hábitos agrarios, que establece sus relaciones sociales de producción en el seno de la tierra y que se nutren de una savia ancestral y de profundo arraigo.

En el primer cuento "Sombreros", cierto animismo presente en un pueblo despoja de sus sombreros al personaje: un campesino barracho. El relato está montado en dos niveles de discurso: tercera persona (narrador omnisciente) y primera personal (narrador personaje); este último es quien describe al pueblo de manera fatal; y, cual si fuera una venganza propia del pueblo, todos sus sombreros le son arrebatados aprovechando su borrachera. El o los sombreros representan en este cuento al elemento propio de la clase dominante. En el relato "La compra", el automóvil adquiere la categoría de fetiche; precisamente la sociedad consumista, moderna, al irrumpir en medios que conservan culturas tradicionales muy antiguas, crea fetiches con los objetos suntuosos o utilitarios, a los cuales se les despoja de su mero valor de utensilio confiriéndole un valor "moral" y dador de status social y/o prestigio; la falta de resistencia cultural ante estos productos de la modernidad consumista produce la alienación y la confusión. El personaje principal de "La compra" se deja alienar por la posibilidad de adquirir un automóvil que reemplaza a su medio tradicional de

locomoción: el burro.

"El buche" es un relato que se podría alinear dentro de la tradición picaresca: el personaje apodado 'el buche' es un ladrón ingenioso, pícaro, simpático, mientras que sus víctimas son más bien "uno míseros" que se dan "un atracón de agua sucia de maíz, fideos, camotes y frijoles", no obstante poseer animales en el corral. El delito de 'el buche' está de alguna manera justificado por robar a personas que no consumen lo que tienen, que no tienen necesidad; en ese sentido se trata de acaparadores; por otro lado la modalidad delictiva es tan ingeniosa, tan plena de ocurrencia que de por sí ya parece concitar el perdón y la simpatía.

"La cena", es la breve historia de una venganza en el seno de una familia campesina pauperizada por el tiránico egoísmo del padre-esposo; la madre y los hijos, hartos del hambre a que éste hombre los había condenado, le preparan de común acuerdo un secreto festín de ratas, haciéndole creer que lo que estaba engullendo muy apetitosamente eran conejos. Se trata de un acto punitivo que proviene de las víctimas, con los medios y las armas a su alcance.

En muchos de estos relatos, la miseria y la sucedánea mezquindad, aparecen como componentes elementales y básicos de un universo de relaciones sociales de producción hartamente injustas. Pero es el humor, presente en todos los textos, lo que equilibra el tono y no da cabida al melodrama puro.

"El desaparecido" relata - una vez más- la antigua y universal

leyenda del hombre que vende su alma al diablo por ambición, ya sea de saber, de poder, de amor o de riquezas; como es éste último el caso del viejo Isafas, personaje del cuento. Esta versión de la ecuménica leyenda está estructurada en forma de conversación: dos personajes que conocieron a Isafas, conversan durante su velorio sobre la forma cómo obtuvo su fortuna Isafas y cómo pactó con el diablo. Al final del relato, el diálogo se corta abruptamente y se introduce una toz omnisciente que describe cómo el demonio ingresa en el velorio y se lleva al viejo con cuerpo y todo.

En el cuento "El animal está en casa", un hacendado llamado Ricardón es mordido por su propio perro enfermo del mal de rabia. Pero a causa de esta agresión, el hacendado experimenta una "degradante metamorfosis" y mentalmente se convierte en su propio perro, que experimenta odio hacia su amo. El amo es él mismo por supuesto. Lo interesante del mensaje -un acierto como símbolo y como síntesis- es el hecho de que el patrón es visto simultáneamente como perro rabioso y como hombre despiadado. El último texto, "El Joche", también tiene como tema central el de la muerte, alrededor del cual se organiza un universo de valores antagónicos: el de los niños y el de los adultos. El punto de vista y la voz narrativa en primera persona del plural (nosotros) corresponde al grupo de niños, amigos del pequeño difunto. Ellos enjuician y condenan la conducta envilecida de los adultos. La muerte del Joche (niño de 12 años)

es rescatada en su belleza y heroicidad por sus compañeros y en contra de los adultos que la afean y la tratan de convertir en esperpento: "... ojalá yo tenga esas manos del Joche, para tirarles piedras a su padre, al caporal y a toda esa mala gente, con esa puntería que él tenía para traerse abajo cernicalos y lechuzas". El Joche es el cuento mejor logrado y el más ambicioso de este libro que no ha envejecido en 25 años.

Oscar Araujo León
Universidad de San Marcos